

AMBIGÜEDAD Y DEMOCRACIA

POMPIDOU y Brandt, los dos grandes personajes sobre quienes reposan hoy una serie de líneas básicas de la construcción europea —y, por consiguiente, del equilibrio del mundo—, han sido víctimas, el domingo 23 de abril, de una ambigüedad democrática de la que no son de ninguna manera inocentes. Las elecciones —referéndum en Francia, renovación del Parlamento regional en el Estado («Land») de Baden-Wurtemberg, en la R. F. A.— se presentaban como una cosa y eran otra. En Francia, la pregunta del referéndum se centraba en un tema enfático de política exterior: el pueblo francés debía aceptar o rechazar la ampliación de la Comunidad Europea de seis a diez miembros por el ingreso de Gran Bretaña, Irlanda, Dinamarca y Noruega, pero en realidad estaba votando en un episodio de la lucha del poder contra la oposición. En Alemania Federal, las elecciones puramente administrativas, en la que los electores debían buscar los mejores representantes para sus problemas locales, tenían de pronto el carácter wagneriano de decidir la ratificación de los tratados de amistad con la URSS y con Polonia, puesto que la variación en la representación en las Cámaras Federales —en el Bundestag se debe votar el 4 de mayo esta ratificación—, donde el equilibrio es justo e inestable, puede cambiar por un solo voto, y en el horizonte de esta pequeña elección se dibujaban los grandes temas del regreso a la guerra fría, la ruptura del proyecto de seguridad europea, la noción general de una Europa aún más amplia de la que se estaba proponiendo en París.

ESTA ambigüedad de convocar a los electores para unos fines distintos de aquellos que se les propone es, evidentemente, un mal uso de la democracia, un abuso de la democracia; finalmente, una manera despectiva, desdeñosa, de tratar al pueblo votante. No es, desgraciadamente, una novedad. Desde la posguerra, las cuestiones electorales se han falseado en Europa (los sistemas, las circunscripciones, las listas, las dosificaciones) y, con ellas, se ha quebrantado todo el edificio democrático. Se trataba entonces de evitar que unas fuerzas muy numerosas —sobre todo en Italia y en Francia—, como eran las de los partidos comunistas y las izquierdas más radicales, tuvieran acceso al poder, y sin duda se consiguió. Pero a costa de romper todo el delicado mecanismo de la representación democrática y de que las dosificaciones reales de la opinión pública no se llegaran nunca a plantear en los Parlamentos. Algunos de estos países lo han pagado caro, con una inestabilidad política enfermiza y una debilidad creciente en su proyección exterior.

AL convocar por sorpresa este referéndum sobre la ampliación de Europa, el Presidente Pompidou estaba jugando el mismo juego antiguo: se trataba de dividir a la oposición en un momento en que, lenta y trabajosamente, esta oposición de izquierdas buscaba puntos comunes, un programa posible de gobierno. Su gran tema de discordia era el Mercado Común. Para los comunistas, el Mercado Común es un enemigo. El Mercado Común es, a la larga, un derivado del Plan Marshall, es decir, un arma de la guerra fría, un arma precisamente anticomunista o, si se prefiere, antisoviética. Por consecuencia —dicen los comunistas—, el Mercado Común pretende la Europa de los monopolios, de las grandes empresas, de los grandes intereses, y en ningún caso la Europa de los pueblos, de los trabajadores. Su postura ante este referéndum era la más neta posible: un «no» a la construcción de esta Europa de la que renegaban y, simultáneamente, un «no» al poder, a Pompidou. La cuestión ardua era la de los socialistas y afines de la izquierda: europeístas convencidos —por internacionalismo y también por el anticomunismo original—, no podían responder «no» a una propuesta de ampliación de Europa, que está inscrita en su programa, pero no podían responder «sí» a una consolidación del poder. Su solución vectorial era la abstención. Es decir, la oposición de la izquierda no podía presentarse unida en esta campaña. Pompidou,

al lanzar este juego, contaba también con la «mayoría silenciosa»: una amplia masa que, sin entrar en juegos de partido y oposición, votara pura y simplemente por aquello a que se les había convocado: la ampliación de Europa. Los resultados no han sido favorables al poder. Un 40 por 100 de los electores inscritos se han abstenido: es la cifra más alta de abstenciones que haya tenido nunca una votación en Francia. ¿Son todas atribuibles a la campaña del partido socialista y sus emparentados? Una parte corresponde a los apolíticos, que siempre se abstienen; otra, a la atracción de un domingo soleado con carreteras secas hacia un campo alegre y primaveral; muchas, al desdén por la forma del referéndum. Para

La viuda del general De Gaulle deposita su voto en Colombey-les-Deux-Eglises.





La ambigüedad de convocar a los electores para unos fines distintos de aquellos que se les propone, es un mal uso de la democracia.

Pompidou, un golpe. Es un grave record el de ser el Jefe de Estado francés que ha sido desdeñado con el mayor número de abstenciones.

La satisfacción socialista es considerable. También lo es la comunista. Algo más de un 17 por 100 de votos negativos: los considera como suyos, y, en efecto, es el único partido que ha preconizado el «no», aunque alguna pequeña parte pueda atribuirseles a los viejos fanáticos degolistas —enemigos a toda costa de la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común—, a algunos profesionales del «no», a los breves grupos gauchistas. Sus cifras son superiores en algo a las que obtuvieron en las elecciones presidenciales, en las que presentaban a Duclos como candidato. Y las generales del referéndum las esgrimen, naturalmente, contra el régimen. Al comentarlas en la misma noche del escrutinio, el secretario general del partido, Georges Marchais, hacía hincapié en que el pueblo francés había mostrado una «voluntad de cambio». Evidentemente, un 36,2 de «síes» frente a un 39,6 de abstenciones y un 17,2 de votos negativos no puede esgrimirse como un triunfo. Si el referéndum hubiera requerido una mayoría absoluta, un número de votos positivos superior al de la mitad de los expresados, el Gobierno habría caído ya.

PERO el Gobierno, a su vez, exhibe los resultados como una victoria. Al no contabilizarse como opinión las abstenciones, sino solamente los votos expresados, su porcentaje se convierte en un 67,3, y el negativo en un 32,2, con lo que pueden arbolarse una satisfacción de fachada. Al mismo tiempo, desdeñando el desdén de las abstenciones, convierten el tema en un enfrentamiento entre mayoría posgolista contra comunismo, terreno en el que aún se mueven, por viejos reflejos, con comodidad.

ESTA satisfacción mostrada por todos contribuye un poco más a la ambigüedad y a la confusión, importantes factores políticos del tiempo presente. No puede decirse que haya sido una jornada gloriosa para Europa, para Francia, para el aprendiz de brujo Pompidou, que convocó el referéndum; para la izquierda, que ha aumentado sus temas de división; para el pueblo francés, que no ve aclararse ante él los grandes conceptos políticos, ni, en resumen, para nadie.

EL otro tema electoral, el de Baden-Wurtemberg, en Alemania Federal, viene a añadir confusión a la confusión. Se conocen los datos del problema. El 4 de mayo el Bundestag alemán federal deberá votar la ratificación de los tratados con la URSS y con Polonia. Pero en el Bundestag (cámara baja), la mayoría del Gobierno socialdemócrata es exigua. Puede ser de un solo voto (depende de las defecciones, de los cambios de postura de algunos diputados, incluso de sus enfermedades). En el Bundesrat, o cámara alta (formada por representantes de los Estados, o «Länder»), la mayoría pertenece a la oposición, a la democracia cristiana. Es también una triste mayoría: un solo voto. Lo suficiente. La cámara alta puede rechazar ciertas leyes aprobadas por la cámara baja. Es decir, puede devolverlas para nuevo estudio, para nueva votación. Si las elecciones de Baden-Wurtemberg hubiesen dado una mayoría para los socialdemócratas, su control del Bundesrat hubiese sido suficiente para aceptar los tratados de ratificación, o para devolverlos para nuevo estudio, aunque los hubiese rechazado el Bundestag. Pero si sus aliados de coalición, los liberales —el pequeño partido que les presta los votos suficientes para poder gobernar tan precariamente— se hubiesen hundido, la situación hubiese sido más comprometida.

NADA de eso ha ocurrido. La socialdemocracia ha ganado un 8 por ciento en las elecciones de Baden-Wurtemberg, con un 38 por 100; pero la democracia cristiana ha ascendido también hasta un 53 por 100, lo cual les permite gobernar en Baden-Wurtemberg por sí solos. Pero esto, al contrario de lo que pretende la convocatoria de las elecciones, importa menos. Lo que importa en este caso es que el partido liberal no se ha hundido del todo —se temía que quedara por debajo del 5 por 100, con lo cual no tendría derecho a representación— y, por tanto, las cosas quedan igual que estaban con respecto al tema de la ratificación.

PERO otro factor ha intervenido en la misma noche de las elecciones. Un diputado liberal ha decidido dimitir del partido. La mayoría de Willy Brandt —de la ratificación de los tratados— en el Bundestag es exactamente de 249 votos, que es precisamente la necesaria para sostenerse. Si este diputado tránsfuga se pasa a la oposición demócrata cristiana, Willy Brandt será derrotado. Si se mantiene en la misma posición política, aún dimitido de su partido, Willy Brandt ganará.

LA cuestión parece ser, sin embargo, un poco más compleja, un poco más oculta. La democracia cristiana quisiera poderse presentar como contraria a los tratados sin que éstos fuesen derrotados (no le conviene a Estados Unidos, no le conviene a la proyección exterior de Alemania Federal); quisiera que Willy Brandt cayese, pero por otro tema. De alguna forma habrá un pacto, un acuerdo secreto. Se habla ya de unas conversaciones de Brandt con Barzel, de algunas presiones secretas. Hace unas semanas, Brandt declaraba en «Der Spiegel» que tenía la ratificación «en el saco». Es probable que sea así, y que el juego político interior vaya por un camino distinto al que aparenta.

Hans Filbringer, cristiano-demócrata y ministro presidente de la región Baden-Wurtemberg, acompañado de su hija, en el momento de votar.

